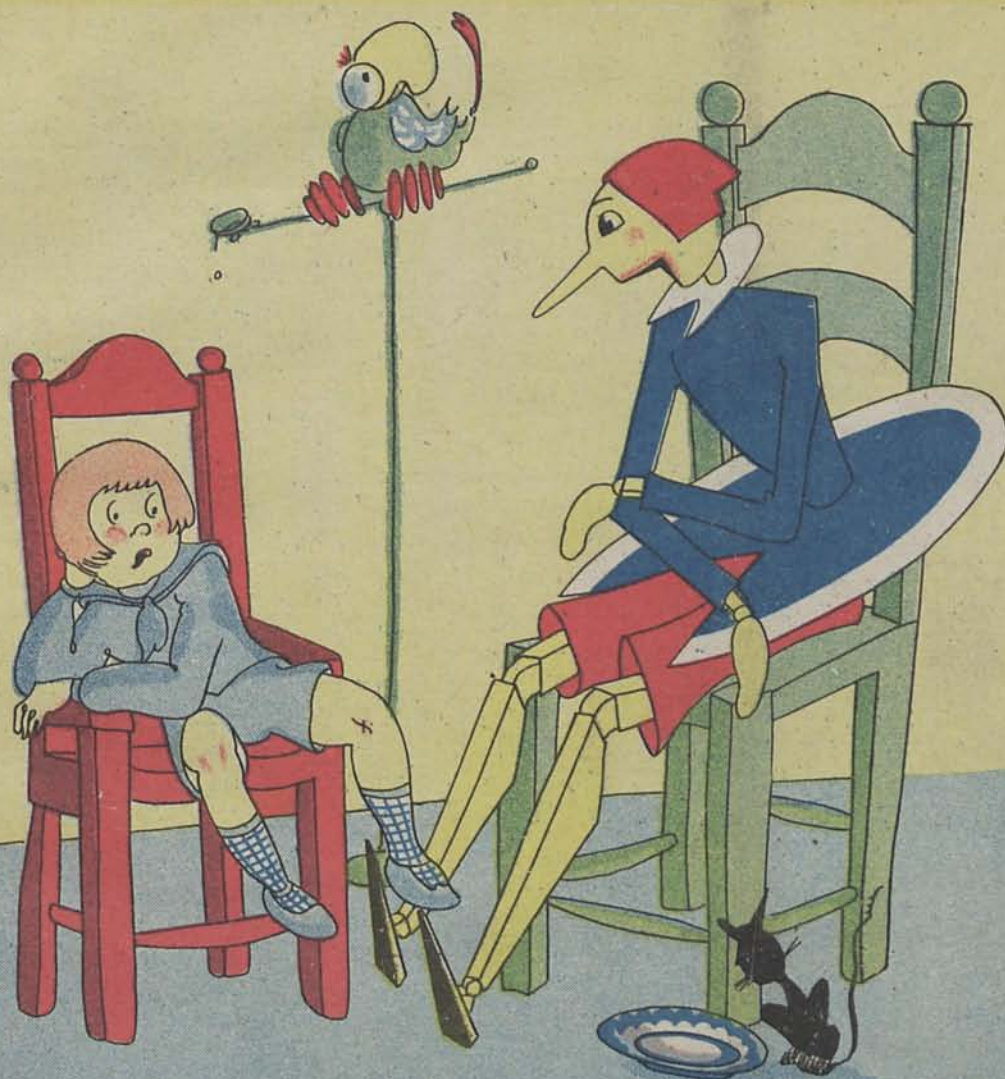


PINOCHO

AÑO. V
NUM. 254

25 cts

29 DICIEMBRE
1929



- VAMOS A VER COMO ESTÁS DE ARITMÉTICA; SI TUVIERAS QUE REPARTIR CON UN COMPAÑERO DOS PERAS Y TRES CIRUELAS, ¿QUE HARÍAS?
- BIEN; PERO ¿ESE COMPAÑERO TIENE MAS FUERZAS QUE YO?

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón





EL PARALELO 28° 17'

POR E. GIOVANOLA Y A. M. BARBIERI

(Continuación)

para Navidad
consoladora no-
ticia corazón En-
rique.

RALPH.

Después agregó:

—El telegrama viene de Bamo, en Birmania, y lleva la fecha del veintitres.

Un aplauso fragoroso acogió la lectura del parte que pasó rápidamente por todas las manos.

Se descorchó y sirvió el champaña, y los brindis, que debían haber sido augurios piadosamente embusteros, fueron en cambio entusiásticos himnos de triunfo que ya se podía tener por cierto. Y el brindis más caluroso fué justamente el del honorable Rézard.

Enrique, con los ojos velados de lágrimas, lágrimas de alegría esta vez, con la garganta oprimida y la copa que le temblaba fuertemente en la mano puesta en alto, incapaz de pronunciar una palabra, dió gracias a los amigos con movimientos de cabeza; y se dejó caer después sobre la silla para dar rienda suelta a su irrefrenable llanto de felicidad.

X

La Bondad Celeste del exteniente Larouchy

Estaba yo corrigiendo las pruebas de un artículo mío de crítica, mientras el abogado Galiani, sentado frente a mí, cortaba las hojas del último cuaderno de la *Revista de Ambos Mundos*, cuando entró el cartero y me entregó un pliego certificado de las dimensiones de una caja de cigarrillos.

—¿De dónde viene?—me preguntó al punto Franco dejando la revista y viniendo hacia mí, aun armado del ebúrneo cortapapeles.

No era fácil descifrar la procedencia del pliego en el pequeño rectángulo de la dirección, todo cubierto de sellos y mataduras.

—No sé—dijo—no acierto a entenderlo. Los sellos me parecen ingleses. Pero veamos ahora —y rompió el lacre cortando luego el ligero bramante.

Bien envuelto en dos hojas de papel espeso y resistente, y encerrado entre dos tapas de cartón, había un cuadernito de apuntes elegantemente encuadernado en piel de gamo. Lo abrí, espoleado por la curiosidad, y en medio de la primera página leí el rótulo: *Caso D'Altmand*.

—Noticias de los nuestros—exclamé con voz trémula hojeando las notas — ¡muchas noticias!

En las primeras hojas había anotaciones rápidas, precedidas de una fecha, unas en lápiz, otras en tinta, la tinta verde de una pluma estilográfica; más adelante, las notas eran bastante difusas, y algunas ocupaban varias páginas.

—Es un diario, un diario de apuntes.

—Pero mira de quién es—me increpó impaciente Franco.

Corrí a la última hoja escrita. Al pie de ella había una firma que llenaba por entero la línea horizontal del pliego: *Juan Mandiguet*.

—¡Mandiguet! De fijo nos informa de cómo se han resuelto las cosas. ¡Lee, pues!

—¡Un momento, cáspital! ¿No crees que vale más avisar en seguida a Enrique?

—No, aguardemos. Primero leámoslo nosotros. ¡Podrían ser malas noticias, y ya sabes tú lo impresionable que es!

Enrique debía salir de allí a pocos días para Constantinopla; se pensó, pues, que sería mejor llamarle el contenido del diario si las noticias no fueran buenas, para dejarle distraerse un poco durante su viaje a Turquía.

Dejé las pruebas de mi artículo, que estando

destinado a una revista mensual podía esperar, y empecé a leer en alta voz:

«27 de octubre.

He llegado a Cantón esta mañana después de cinco días de navegación. Pero quisiera estar ya en Cing-tu, y me estremezco de impaciencia al pensar que no podré llegar en cambio sino dentro de un mes casi. Los medios de comunicación en este país de la inmovilidad no permiten un viaje más rápido. ¡Ay, quién me diera un aeroplano o un dirigible! ¡Toda mi fama de periodista a cambio de un aeroplano!»

«1.º de noviembre.

»Segunda etapa: Shang-hai. He abandonado el *Malabar* para proseguir mañana temprano en el vapor que remonta el Yang-Tse-Kiang hasta Hank-Hen. Hoy he hecho mis provisiones, y he ido después a ver al *Kian-Kun*, o sea al jefe de la guarnición, y en mi calidad de periodista he podido obtener fácilmente que me expidiera una especie de pasaporte—una ancha hoja toda cubierta de señales para mí incomprensibles—el cual me será sumamente útil para el interior del país.

»Por la tarde, he escrito un artículo de impresiones de viajes que ya he mandado a mi periódico.»

«4 de noviembre.

»Para poder remontar el río más allá de Hank-Hen hasta Cing-tu, he fletado un *junco*; y aquí estoy tomando estas rápidas notas sobre una mesa coja bajo la ventanilla de mi reducido camarote.

»Si el tiempo se mantiene bueno y podemos continuar aprovechando el viento, tendré tan sólo para una quincena; más si es necesario recurrir a los remos ¡Dios nos asista! Pero es sabido que para la navegación fluvial la asistencia de Dios vale bastante menos que la del viento. ¡Siquiera fuese esta la primera vez que penetro en el corazón de la China! Pero por desgracia conozco el Celeste Imperio casi como mis bolsillos, y el paisaje, por lo demás de una

monotonía desesperante, no tiene para mí ningún atractivo.

»Pero al fin se llegará a Cing-tu y entonces empezará la parte interesante y emocionante de mi misión. Un misterio que descubrir, un malhechor que desenmascarar, una gran noticia que lanzar al mundo, yo el primero; lo imprevisto, lo arriesgado, las complicaciones, las sorpresas; y todo esto en el más exótico de los países exóticos. ¿Qué más ni qué mejor podría desear un periodista?»

«17 de noviembre.

«El *lao-pan*, dos sílabas que significan, con admirable economía de aliento, «el patrón del junco», se ha mostrado, en cuanto puede consentir la característica indiferencia de los chinos, bastante satisfecho de que yo, renunciando a remontar el río más arriba de Cing-tu, le haya ahorrado la parte más penosa del nada breve y en modo alguno agradable viaje. Pasado Cing-tu, el curso del río tuerce hacia el sur, y continúa en tal dirección por espacio de cerca de seiscientos kilómetros. Es justamente a lo largo de ese trayecto donde el paralelo 28º, 17' atraviesa el Río Azul; y yo había decidido alcanzar nuestro... diré *punto estratégico*, sin dejar el junco. Pero supe después que el territorio está infestado de malandrines de todas especies, y me ha parecido prudente, evitarlos, protegido por una buena escolta.

»Los rasgos y los timbres de mi pasaporte me han procurado una acogida gentilísima por parte del *ti-pao* de Cing-tu quien en muy poco tiempo ha puesto a mi disposición un piquete de *ma-kwai* que son los gendarmes del ejército chino. Pormenor curioso: estos *ma-kwai* son reclutados entre los peores ladrones y bandidos de la región, porque, como tales, conocen todas las astucias y las guaridas de sus excolegas; y es singular el hecho de que cuando se han revestido de la casaca militar, estos hombres incultos y malvados, ya sea por amor al nuevo oficio o por rígido sentimiento del deber, o—lo

(Continuará en el próximo número).



COLORÍN y su PANDILLA



EL REINO DE LAS TENIEBLAS POR E. SALGARÉ

(Continuación)

probable además que la gran humedad que reinaba donde nos hallábamos hubiese opuesto la resistencia suficiente al paso del gas.

Pasamos temblando por aquel montón de cadáveres y marchando de prisa llegamos después de algunos minutos a la galería principal desde la que partían los pozos.

También allí había numerosos muertos y todos tenían las ropas incendiadas y las facciones abrasadas. Recogimos otra lámpara que había quedado intacta y apresuramos el paso.

Un silencio profundo reinaba en la inmensa mina. Ni un azadonazo, ni un barreno, ni el rodar de carros ni el resoplido de las máquinas. El grisú todo lo había consumido y destruido.

Por aquí y por allá veíanse carros volcados, vagonetas retorcidas, cadáveres de mulas y caballos, montones de carbón dispersos como si la mano de un titán hubiese lanzado sus bloques en todas direcciones. La explosión de un polvorín no hubiera hecho mucho más. ¡Qué ruinas en las galerías!

Las bóvedas habían recibido colosales sacudidas, los ademes y puntales habían desaparecido y hasta las macizas paredes presentaban profundas grietas de las que se escapaba con ligeras explosiones aun el gas maldito.

Casi una hora tardamos en llegar a uno de los pozos. Allí nos esperaba un cruel desengaño.

La jaula yacía en el suelo con las cadenas hechas pedazos y su profunda abertura estaba interceptada por un amasijo enorme de ruedas y de traviesas de hierro.

—Mira Bill—le dije con los ojos desorbitados.

—Esto se acabó, ya no podremos salir jamás al aire libre.

—Los ingenieros y los trabajadores no estarán sin hacer nada en nuestro auxilio—me dijo el muchacho

—Hay además otro pozo, el número 4 al que podemos llegar.

—Pudiera ser que ese estuviese ya sin escombros.

—Si estuviera así habrían bajado ya los ingenieros y los tendríamos aquí.

Bill meneó tristemente la cabeza y no contestó.

Permanecimos algún tiempo en aquel lugar dando vueltas como locos a la jaula que yacía en el suelo destrozada y luego sin decir una palabra nos alejamos para buscar el pozo número 4.

Nos invadía una profunda angustia. Si también estaba destruido aquel pozo ¿qué sería de nosotros? ¿Llegarían a tiempo nuestros compañeros para salvarnos? Era indudable que desde la superficie de la tierra tenían que partir los trabajos de salvamento y para reanudar las comunicaciones con la mina. Pero ¿cuándo les sería posible descender? Hé ahí la gran cuestión.

Eran necesarios muchos días para desembarazar los pozos de toda aquella cantidad de materiales y ¿cómo podríamos nosotros resistir tanto tiempo si no teníamos absolutamente nada con qué mantenernos?

La idea de morir de hambre en el fondo de aquella terrible mina me causaba profundo horror. ¡Mejor hubiera sido morir de repente con el grisú!

También en esta otra galería había un desorden espantoso. Murallas y pilastras derruidas, montañas de carbón dispersas y muertos y más muertos arracimados en montones. Aquello era para enloquecer de espanto.

Echamos a correr en busca del segundo pozo que era nuestra última esperanza. Bill de vez en cuando se detenía deseoso de concederme algún descanso pero yo le hacía señas de que siguiese.

Bien por la gran ansiedad que de mí se apoderó o por el temor a la muerte ya no experimentaba ningún dolor en mis heridas. A medida que nos íbamos aproximando al pozo nuestra inquietud iba en aumento pues veíamos que aquella parte había sufrido más que la otra los efectos de la explosión. Estaba seguro de que los estampidos fueron dos, y el segundo más violento que el primero y debió ser por allí.



Al fin llegamos al pozo. ¡Qué golpe tan terrible! ¡también aquél estaba inutilizado! Perdida nuestra última esperanza.

Todas las paredes estaban agrietadas en su revestimiento y una montaña de hierros sepultaba la jaula.

Todas las comunicaciones con el exterior estaban interceptadas. No nos quedaba más que esperar tranquilos la muerte puesto que los ingenieros y sus hombres difícil era que llegasen a tiempo hasta nosotros. Había allí centenares de toneladas de materiales que no se podrían extraer sino con enormes esfuerzos y empleando muchos días.

Miré a Bill y ví que estaba sumamente pálido.

—Ánimo, pobre amigo mío—le dije.

—Yo no puedo más—, me dijo—cuando lleguen los salvadores ya nos habremos muerto.

Se sentó sobre un montón de carbones, apoyó la cabeza entre ambas manos y no dijo más.

Yo, aniquilado, le imité.

¿Cuánto tiempo permanecimos en aquel estado? ¿Fue una hora o un día? Mucho tiempo debió ser pues la lámpara se nos apagó por falta de aceite y también la segunda que logré encender a riesgo de inflamar el grisú que había encerrado en aquella parte.

Un sordo rumor que oí sobre mi cabeza me sacó de mi inmovilidad. Parecía como si se oyesen picotazos en las paredes del pozo.

Dudé al principio creyendo haberme engañado, después me puse en pie y grité:

—¡Bill, Bill! ¡que nos llega el socorro!

—¡Ah! —se limitó a contestarme—, y se quedó inmóvil.

Los golpes se redoblaban y poco a poco se hacían más claros y perceptibles. Entonces pensé que aquella capa de escombros de materiales no sería tan enorme como me figuré al principio. Loco de alegría y seguro ya de que el socorro se acercaba grité haciendo bocina con ambas manos.

—¡Socorro! ¡socorro!

Cesaron los golpes. Apliqué el oído y oí luego como una voz lejana que me decía.

—¿Quién eres?

—Harry Belfort.

—¿Estás solo?

—Con un compañero.

—¿Y los demás?

—Todos muertos.

—Vamos en tu socorro: ten paciencia.

—¡Bill!—grité—¡muévete, hombre!

No obtuve respuesta ninguna. Supuse que vencido por la fatiga y las emociones se había adormecido y no hice más caso de él.

Me puse a escuchar ansiosamente los golpes de picos que me anunciaban una salvación no lejana.

¡Qué largo se hacía el tiempo! y sin embargo mis salvadores debían trabajar con verdadero afán.

De vez en cuando me preguntaban y luego reanudaban el duro y peligroso trabajo.

Me tuve que retirar a un lado porque los escombros caían de continuo bajo el peso de los mineros.

Dos horas después un rayo de luz se filtró de improviso. Se produjo una grieta y en seguida quedó abierto un agujero.

Ví confusamente a unos hombres que bajaban hasta mí, después sentí que me agarraban entre varios y me llevaban en alto y luego me invadió un estupor profundo y perdí el sentido.

Desperté en la enfermería de las minas tendido en un blanco lecho y con la cara y las manos envueltas en vendas.

Allí permanecí quince días. Cuando salí supe que Bill había sido recluido en un manicomio.

El desgraciado se volvió loco.

Yo por mi parte di un adiós para siempre al peligroso oficio de minero y no volví a poner el pie en una mina: como puedo ver he mantenido mi palabra. Hoy soy cargador de carbón y lo seré mientras viva.

FIN



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



UN SERVIDOR VA A ESCRIBIR A SUS MAJESTADES LOS REYES MAGOS, OFRECIÉNDOLES LA CASA



ESTE AÑO TENGO YO PENSADO UN PLAN BOMBA PARA QUE LOS REYES ME DEJEN UN CAMIÓN DE JUGUETES.



ESO OCURRIÓ PORQUE TÚ FUISTE MUY MALÍSIMO. Y ESTE AÑO... NO SE... NO SE... PERO ME PARECE QUE...



¿TE ACUERDAS DE AQUEL DÍA QUE ME CERRASTE LA PUERTA DE CASA PARA QUE ME PILLASE UN TORO? PUES ESO YA LO SABEN LOS REYES.



¿Y USTED NO RECUERDA AQUEL DÍA QUE SE EMBARCÓ CON RUMBO A AMÉRICA Y ME DEJABA ABANDONADO? PUES YA SE LO HE DICHO A LOS REYES MAGOS



¿Y NO TE ACUERDAS DE AQUEL TRISTE DÍA QUE ME CONVIDASTE A UNA ARROBA DE CHURROS Y TUVE QUE PAGAR YO? PUES TAMBIÉN SE LO HE DICHO A LOS REYES



Y USTED ME QUISO ECHAR UNA VEZ A LA OSA MAYOR PARA QUE SE ME COMIESE. ESO TAMBIÉN SE LO HE CONTADO A LOS REYES

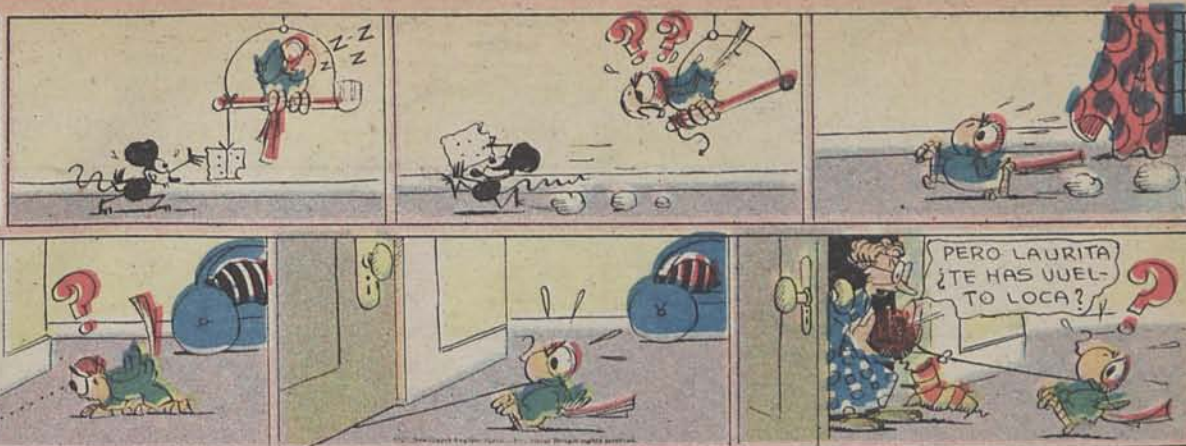


MIRA, CURRINCHE; LO MEJOR ES QUE HAGAMOS TÚ Y YO LAS PACES. VÁMONOS A CASA QUE YA VERÁS QUÉ CARTITA LE VAMOS A PONER A LOS REYES



Señores don Gaspar don Melchor y don Baltasar:
Todo eso que te ha contado don Turu de mí y Currinche de don Turu no es verdad; no señor. Nosotros no nos acordamos de nada, así que eso son trolas que ustedes se han inventado, y para que no nos enfademos nos traeran un camión de juguetes. Sus afetisimos
g.o.p.g. P.P.W.
Currinche y don Turulato

LAURA
LA
COTORRA
INDISCRETA



PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO



CUENTOS DE CALLEJA

LA ISLA DE LOS BRILLANTES

Casillo

A toda vela navegaba el bergantín *Esperanza* por el mar de la China, cuando le sorprendió un violento temporal. ¡Fué tan rápido el suceso, que no dió tiempo a prevenirse, y el capitán, que era un lobo de mar, no previó que aquel vientecillo habría de trocarse tan pronto en un violento huracán. Rompióse el timón, y el buque fué arrastrado por el ciclón, sin medios de defensa.

La tripulación y el bergantín estaban perdidos. Todos creyeron llegado su último momento, pues infaliblemente el barco se estrellaría contra las peñas.

De pronto, el capitán gritó:

—¡La isla de los Brillantes!

Y al momento todos se asomaron para contemplarla.

—Bueno—dijo un marinero—; esa será la isla de los Brillantes; pero si al chocar con ella me rompo la cabeza, lo mismo me da que sea contra un canto que no valga dos reales, que contra un diamante que valga diez millones.

—Tienes razón—contestó el capitán; pero el temporal ha amainado un poco, y todo se reduce a que botemos las lanchas al agua y en ellas nos acerquemos a la costa.

En el bergantín quedó un pasajero aragonés, llamado Antonio, que se había empeñado en llegar a Manila, y dijo que seguiría en el barco hasta que él solo llegara allá.

—Pero, hombre—le decían—, no sea usted loco; ¿no ve que, irremisiblemente, perecerá?

—Eso ya lo veremos, pues yo voy a Manila aunque sea a nado.

Y no hubo medio de convencerle.

El capitán, entretanto, decía a su compañeros de naufragio:

—La isla está habitada por unos enanos de mal genio que matan al que les incomoda, y al que les parece amable le otorgan cuanto quiere. Así, pues, señores, os recomiendo la moderación.

Ofreciéronle así, y a poco tocaron tierra las embarcaciones en una pequeña playa. Desembarcaron, varando las lanchas con el objeto de que el oleaje no las rompiera, y se internaron en la isla.

Apenas anduvieron un kilómetro, cuando avistaron una porción de casitas de ladrillo de una forma singular.

—Eso debe ser—dijo el capitán—la ciudad de los enanos. Tened ahora mucha precaución, porque este es un momento de peligro.

—Pero ¿adónde están los brillantes?—preguntó un marinero.

—Están en aquella montaña que empieza al lado de la población. Toda ella es inaccesible menos por un estrecho sendero, cuya entrada tienen los enanos cuidadosa y fuertemente defendida.

En esto sonó una especie de corneta, y asomó una flecha por cada ventanita. Es que habían dado la señal de alarma, y los enanos se aprestaban a la defensa.

El capitán ató un pañuelo al extremo de un palo, y con aquella improvisada bandera hizo señas de que sus intenciones eran pacíficas.

Entonces salió una comisión de enanos a parlamentar con ellos, entendiéndose por medio de signos, y al fin convinieron en dejar a los naufragos entrar en la población, pero con los ojos vendados.

Al día siguiente fueron llevados a presencia del jefe de los enanos, que debía de ser el más ilustrado, porque, después de haberles preguntado en varios idiomas cuál era su nacionalidad, les habló en castellano de este modo:

—¿Qué os ha traído a esta isla? ¿No sabéis que el que viene a ella no vuelve a salir jamás? ¿Acaso os ha movido el deseo de enriqueceros? Pues estáis muy equivocados; las riquezas que aquí existen son para nosotros. De modo que ya sabéis cuál ha de ser vuestra suerte: O morir, o ser nuestros esclavos.

Y al decir esto se acercó a los marineros una multitud de enanos, y sin darles tiempo a defenderse, los ataron, conduciéndolos a sus prisiones. A todo esto, el bergantín *Esperanza* seguía abandonado a merced de los elementos, y nuestro aragonés, sin miedo a nada, se sentó tranquilamente en la proa diciéndolo al buque:

—A Manila tengo que ir; conquie tú verás lo que haces.

El viento y las olas fueron empujando al buque, hasta que una mañana se encontró Antonio en una especie de puerto





natural, donde el buque encalló sobre la arena.

—Bueno, pues esta debe ser Manila— exclamó.

Y, lanzándose desde la borda al agua, en dos zancadas alcanzó tierra, no sin haber tomado antes, como medida de precaución, un revólver, un fusil, un sable y una canana llena de cartuchos.

—Lo que es por falta de armas no me echarán de Manila— dijo.

Y anda que te anda, con el fusil al hombro, comenzó a buscar gente a quien preguntar por dónde se iba a la capital del Archipiélago. Al cabo de unas cuantas horas de camino encontróse a dos enanos que jugaban al tres en raya con unas piedras cuyo brillo deslumbraba. Saludó el aragonés a los jugadores, levantaron la cabeza los enanos, miráronle con desprecio y siguieron jugando.

—¡Que os he dado las buenas tardes!—gritó el aragonés—, y en mi tierra no se gastan bromas.

Volvieron los enanos a no darse por entendidos, y entonces Antonio, de dos puñetazos, echó a rodar a los enanillos presumidos. Uno quedó atontado y no pudo moverse; pero el otro echó a correr, dando gritos, y desapareció. El aragonés curó al enano y le retuvo.

Durante varios días siguieron en el monte, y logró Antonio aprender algunas frases del idioma que hablaba el enano, y éste aprendió otras en español, con lo cual llegaron a entenderse. Ambos amigos se contaron sus historias.

El enano se llamaba Fu-fri, y era capitán de coraceros de la Guardia; y como allí no se conocían los caballos de veras, iban montados en unos de caña. Contóle además, que unos gigantes, que habían llegado días antes, estaban presos y los iban a matar. En cuanto dió las señas de los prisioneros, gritó Antonio:



—Esos son los míos. Ya no voy a Manila hasta sacarlos del atoladero.

—Mientras estés aquí—dijo Fu-fri—no corres peligro, pues mis compañeros no suben a los montes, porque se cansan mucho; pero en cuanto bajes al llano te acometerán, y son más de tres mil.

No me importa; sabré defenderme.

—Cuando entres en batalla, te diré cuál es

la compañía de tiradores que lleva flechas envenenadas.

Así que bajó del monte se vió Antonio acometido por el ejército enano. Fu-fri le indicó la compañía de las flechas terribles, y el aragonés la mató a tiros y a sablazos.

—Ahí está nuestro Rey—gritó Fu-fri.

—Pues con tu Rey voy a tratar inmediatamente.

Y cogiéndole con delicadeza por el cuello, para no lastimarlo, se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta. Llegó al lado de una encina, y, sentándose a la sombra, sacó al Rey de su bolsillo y le dijo:

—¿Dónde están los prisioneros? O me los devuelves, o mueres.

El rey enano contestó en español que entregaría a los prisioneros y cuanto quisiera a cambio de su libertad, como en efecto lo hizo.

Cuando éstos reconocieron a su libertador, no sabían qué hacer para manifestarle su gratitud.

—¿Sabéis cómo?—dijo Antonio—. Pues llevándome a Manila.

—Pero, hombre—contestó el capitán—, ¿nos vamos a ir de aquí sin algunos brillantes?

—¿Y dónde están?—preguntó el aragonés.

—Allá en lo alto de ese monte.

—¡Toma, pues entonces estuve yo entre ellos y no les hice caso! Verdad es que lo que yo necesitaba era comida, y hubiera dado por media libra de carne asada todos los diamantes de la tierra.

Fueron todos al monte, cogieron los diamantes a puñados, y se volvieron hacia el sitio en donde estaba encallado el bergantín; allí consiguieron ponerle timón nuevo y unos mástiles pequeños, pero suficientes para hacerle andar.

El enano Fu-fri no quiso separarse de su amigo, y le acompañó a todas partes. A poco volvieron todos a España, donde vendieron sus diamantes y compraron buenas fincas, fundando una colonia agrícola, en la que vivieron todos como hermanos.

Y colorín colorado,
Este cuento ha terminado.

FIN





¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Dime, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Eso no se pregunta, querido Buho. El tema de hoy es tema ya convenido.

No recuerdo a qué puedas referirte.

¿No recuerdas de la promesa que me hiciste en tu última charla?

—No recuerdo.

—¿No te hiciste un nudo en el pañuelo?

—Sí; me lo haría, pero el pañuelo lo eché a la lavandera y allá habrá ido con nudo y todo. Tengo una memoria para algunas cosas, poco envidiable. Gracias a que la tuya es buena podremos subsanar este olvido. Dime, ¿de qué tenemos que hablar hoy?

—En nuestra última charla tratamos del chimpancé y, por falta de tiempo, no pudimos hablar de lo que a mí más interés me despertaba. Quería saber algo sobre las costumbres de este animal en estado doméstico. Me prometiste hablar hoy de esto y aquí me tienes dispuesto a recoger la promesa.

—Tienes razón. Ahora recuerdo perfectamente. ¿Ves? No puede uno fiarse de los nudos en el pañuelo, porque la verdad es que si no está uno constipado se saca muy poco el pañuelo del bolsillo. Hablaremos, pues, de las costumbres del chimpancé domesticado. Empezaré por decirte que este animal es de los que aceptan con más gusto la domesticidad. Y aún más; cuando se acostumbra a vivir en sociedad con el hombre no acepta ya la rudeza de la vida salvaje. Si a un chimpancé acomodado al trato y a los cuidados que el hombre le prodiga en su cautiverio, se le abandonase en la selva a expensas de la vida salvaje que en ella habría de soportar, es seguro que sucumbiría al poco tiempo.

—O sea que el chimpancé es animal que vive muy a gusto en sociedad con el hombre ¿no es eso?

—Exacto. Se apegue mucho a las costumbres que le son gratas y cuando alguna de éstas le falta, se acongoja y da grandes muestras de pesar. Yo he tenido ocasión de comprobar esto por mis propios ojos. No he de atenerme a referencias extrañas.

—Cuéntame, cuéntame. ¿Has sido tú amigo de algún chimpancé?

—Sin ser amigo, he conocido a uno que vivía rodeado de atenciones y cuidados. Más que cuidarlo lo mimaban. Vestía como una persona. Con pantalones, americana, chaleco, etc., etc. Y hasta llevaba en el chaleco su cadena y su reloj.

—¿Distinguía la hora que era?

—No llegaba a tanto como todo eso, pero sabía contar con firmeza absoluta hasta tres, y algunas veces, cuando estaba completamente sereno y tranquilo, llegaba hasta diez. Era un amigo noble y leal de los niños, a los que quería con verdadera ternura. Jugaba con ellos al corro, al salto de la comba, al escondite. Y llegada la hora de la merienda, repartía con ellos amigablemente su pan y su fruta. Es entonces cuando los niños le pedían una, dos, tres manzanas, y comprobaban que el chimpancé no se equivocaba en la cuenta.

—Ahí tienes un animalito capaz de aprender más matemáticas que Tin y Ton. A este par de zopencos no ha podido todavía ningún maestro meterles en la cabeza que uno y uno son dos.

—¡Hombre! no creo que su torpeza llegue a tanto.

—Pues puedes creerlo. Para ellos, uno y uno, son siempre uno, porque dicen que ese uno es el mismo. Pero si les preguntas que cuantos son uno y otro, entonces ya dicen que son dos.

—Es que Tines y Tones no hay más que dos en el mundo; y en todo el reino animal, vegetal o mineral, no se encuentran, ni se encontrarán, otros ejemplares semejantes. Pues bien, el chimpancé de que te estoy hablando hizo un día una travesura y el guardián que estaba encargado de su cuidado lo castigó no dejándole salir una tarde a jugar con sus amiguitos.

¿Se puede saber qué travesura fue la que hizo el pobre animal para merecer ese castigo?

Se puso a jugar a la pelota con una copa de cristal y, naturalmente, la hizo mil pedazos. Claro es que la cosa no tenía importancia, pero había que corregir la travesura para evitar que otro día organizase un partido de fútbol con toda la vajilla del comedor.

Es el caso que cuando el chimpancé oyó los gritos de los niños que jugaban en un patio, empezó a dar chillidos para que le abriesen la puerta de su estancia y poder ir a reunirse con sus amiguitos. Acudió el guardián, le dió unas cuantas voces y le enseñó los vidrios de la copa rota. El chimpancé se dió cuenta de lo que había hecho y del castigo que le imponían, y dándose fuertes puñetazos en el pecho se retiró a un rincón donde se acurrucó y permaneció con la cabeza escondida entre sus brazos como un niño que se avergüenza de alguna mala acción.

—¿Y tú crees que esto obedecía al disgusto y al pesar que le causaba al animalito verse privado de sus juegos?

—No te quepa duda. La prueba es que aquella noche no quiso probar bocado, ni la inquietud le dejó dormir, y en cambio cuando al siguiente día se le dejó salir a jugar con los niños, dió grandes muestras de alegría, brincando, levantando en alto los brazos y repartiendo abrazos entre todos.

—Entonces escarmentaría de jugar a la pelota con los vasos.

—No solo de jugar a la pelota, sino que hasta se resistía a beber agua en ellos. Llegó a cogerles verdadero pánico.

—¿Es cierto que algunos chimpancés prestan servicio de camareros en restaurantes?

—Es cierto, querido Chononcito. Pero esto no quiere decir que los servicios de los chimpancés como camareros sean excelentes ni mucho menos. Hay por esos mundos lugares de diversión donde toda extravagancia tiene su asiento y es precisamente en Norteamérica donde más abundan estas extravagancias. No es, pues, extraño que en Nueva York existan restaurantes donde se ofrezca la curiosa novedad de un chimpancé repartiendo vasos y botellas por las mesas. Pero esto no pasa de la categoría de extravagancia. En serio, no puede admitirse que un animal, siquiera sea el de instintos más razonables, pueda prestar semejante servicio con la debida perfección.

Es decir, que tales rarezas deben tomarse como un número de circo.

—Ni más, ni menos. Tú lo has dicho. Como un numerito de circo.

—El orangután y el gorila, ¿son tan sociables como el chimpancé?

—No tanto como él, ni su domesticidad ofrece tantas facilidades. Además, son mucho más torpes y tardíos en aprender lo que se les enseña.



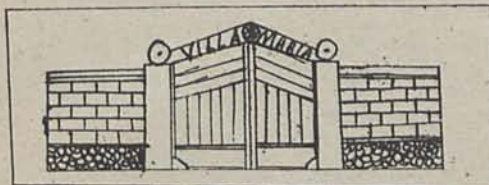
*Si Pinocho te
divierte, recomien-
dalo a tus
amigos*



COLABORACIÓN PINOCHISTA

DEL MES DE DICIEMBRE

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La entrada de mi villa
María Caro



El goloso-Rupertino.—Gabriel Álvarez.



Morronguis
Dolores Villar.



Paisaje
José Mirón. 12 años



El tío de Pinocho
Nicasio Aranda



Un submarino y su presa
Elisa Hernández, 9 años



Dibujo
Un desconocido

QUIEN TENDRÁ TANTOS JUGUETES?

En un solo Equipo Meccano tendrás
millares de modelos que funcionarán

Máquinas, Grúas, Puentes, Automóviles, Locomotoras, miles y miles de otros modelos, funcionando todos. Todos fuertes y sólidos, con una realidad igual a sus prototipos. Esfuérzate para obtener un Equipo Meccano y construye estos mismos modelos. Llegarás a ser un verdadero ingeniero, construyendo sus modelos con las correctas piezas de la verdadera ingeniería—Tiras, Viguetas, Piñones, Engranajes, Volantes, Poleas y muchas otras más piezas. Meccano es el sin par pasatiempo del mundo para la juventud, y el único que proporciona una distracción que no tiene límite.

La casa Meccano fabrica también los famosos ferrocarriles, marca HORNBY. Puedes inspeccionarlos en casa de su proveedor.

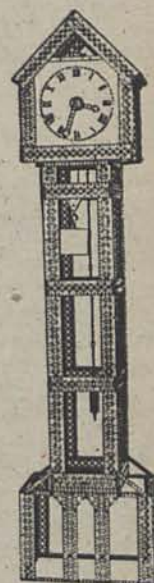
GRATIS—NUEVO LIBRITO MECCANO

Este nuevo librito contiene un sinnúmero de hermosas ilustraciones de las construcciones pasmosas de la ingeniería, cuyo montaje facilita nuestro Meccano.

Nuestro representante tendrá sumo gusto en mandarte gratuitamente un ejemplar del nuevo librito con tal que le envíes las señas de tres de tus camaradas.

Indique el número 15 a continuación de tu nombre, como referencia.

INSISTA
QUE
TU EQUIPO
LLEVE LA
MARCA
MECCANO



MECCANO

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226
BARCELONA

Producto de: MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

Equipos Meccano desde
Ptas 15.00 a Ptas 1150.00
en los principales Bazares
y Librerías

CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

DIBUJO CON ERRORES



LOS CUATRO CABALLOS

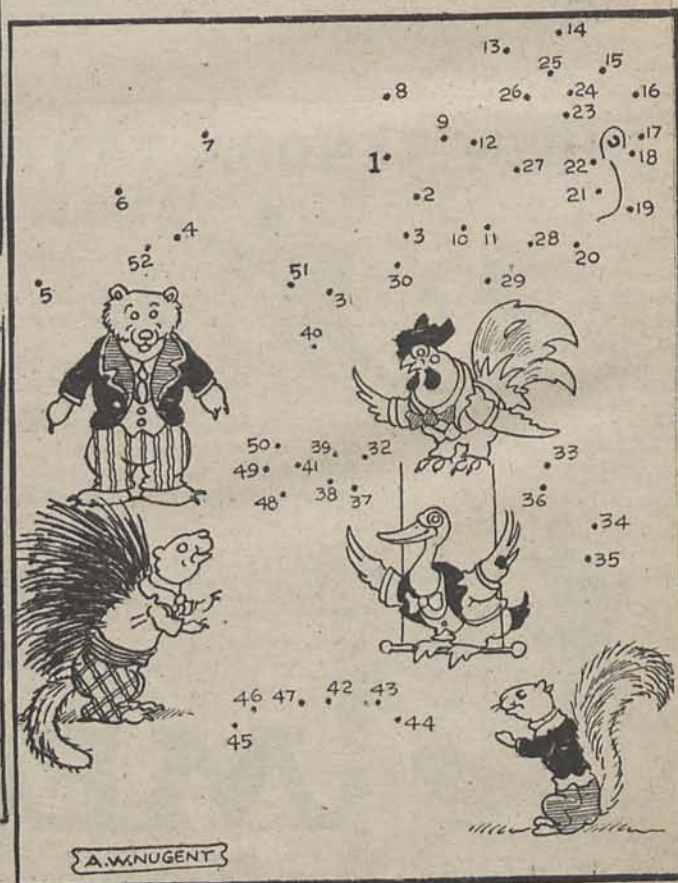


Cuatro caballos aventureros salieron en busca de aventuras pero— ¡pobres animales!— apenas salieron de su país se extraviaron en los alrededores de una aldea. Y ved aquí al señor alcalde en compañía de dos viejos policías dedicado a la busca de los susodichos caballitos. ¿Queréis ayudarle vosotros?

¡Llorad conmigo, piadosos pinochistas, llorad! Unid vuestro llanto al mío... y no preguntadme la causa porque al par que os la explique se ha de recrudecer tanto mi dolor que temo no poder soportarlo! Nuestro dibujante, nuestro amado dibujante, el loco, continua sin dar pie con bola... No hace nada a derechas. En este mismo dibujo que aquí os presento se ha equivocado nada menos que siete veces. ¡Pobre muchacho! Lo más triste es que, a primera vista, el contemplar un dibujo de él no da ninguna sensación de locura, pero a segunda vista... ¡ay! a segunda vista se da uno cuenta perfecta de que está loco perdido.

¿Sabréis indicar cuáles son las siete equivocaciones?

EL EXTRAÑO ANIMAL



Sabréis cuál es uniendo con líneas los números, siguiendo, naturalmente, el orden correspondiente.

ANITA BUEN- CORAZON



Rev. U. S. Pat. Off. Copyright, 1935, by The Chicago Tribune

SECCIÓN PIRULA

PIRULA BORDADORA.



mismo ni muchísimo menos que «una niña aplicada»; no hay confusión posible ¿verdad?

Porque una niña aplicada no puede significar una niña que se pega con cola, ni a punto de bordado, ni de ningún otro modo; y una flor aplicada no puede nunca ser una flor que es trabajadora y se esmera en sus estudios y en sus labores.

No, una niña aplicada es... cualquiera de mis Pirulindas; y una flor aplicada es... cualquiera de las que os presento hoy en esta plana.

Y quien dice flor dice lo mismo otro motivo.

Ahora que hay muchas maneras de aplicar un motivo de adorno; a veces, se hace la aplicación con un pespunte a máquina que se oculta con un galón; otras veces, se pega la aplicación con un punto de bordado que, de paso, sirve de adorno.

Este es el procedimiento que nos interesa hoy.

Cuando se trata de tejidos ligeros, conviene, antes de nada, pegar papel a la tela que se haya de aplicar; de este modo es más fácil recortar el motivo dibujado y pegarlo; pero este trabajo preparatorio puede ahorrarse cuando se trata de tejidos fuertes.

Entonces, basta con pasar un hilván que sujete bien las dos telas una a otra y hacer luego el punto de bordado elegido, siguiendo los contornos del dibujo; por último, se recorta la tela junto al bordado.

La manera más corriente de pegar las aplicaciones, es con punto de festón como podéis ver en el dibujo n.º 1; pero hay otra que resulta más de adorno y menos pesada, sobre todo si se trata de un dibujo de contornos muy finamente recortados. Consiste en pegar primero la aplicación con unas puntadas que luego se ocultan con un cordoncillo o una hebra de lana o de torzal que se sujeta de distancia en distancia con puntadas hechas con seda de diferentes colores (dibujo n.º 2).

En fin, aun quiero hablaros de otro sistema de aplicación que es el que más me gusta para vosotras porque se presta para aplicar motivos inventados o copiados por vosotras mismas.

¿Cómo que no sabéis dibujar? ¡Pero si precisamente la gracia de estas aplicaciones, estriba en que estén dibujadas con torpeza!

Si tenéis imaginación, inventáis un personaje o un animal fantástico; si lo preferís, podéis copiar cualquiera que os caiga entre las manos por ejemplo este señor egipcio que veis aquí (n.º 3).

Y pegais el motivo torpemente dibujado

APLICACIONES

¿Habéis notado, Pirulindas queridas, que una misma palabra puede significar dos cosas muy distintas?

Por ejemplo, si se dice «una flor aplicada» no es lo

(conste que no os está prohibido dibujarlo a la perfección) con unas puntadas ladeadas, espaciadas, semejantes a las de los dobladillos; el motivo se recorta antes de pegarlo y los bordes se van volviendo ligeramente hacia adentro, con la aguja. Esta es una labor sencillísima y que resulta de un efecto estupendo sobre todo en paño de diferentes colores.

Así son muchos trabajos orientales, de Turquía, de Marruecos, o de Egipto; que podéis muy bien decir que lo habéis comprado en esos países; pero naturalmente lo diréis en broma para tener luego la satisfacción de confesar que ha salido de vuestras propias primorosas manitas; no es cosa de mentir... ni de restarse méritos, ¿verdad?



DEL SAQUITO DE PIRULA

Para pintar sobre cristal

Una Pirulinda monísima...

(Tengo que abrir un paréntesis para pedirlos que me perdonéis esta redundancia que acabo de escribir; sobra la palabra «monísima»; no hay por qué decir que una Pirulinda es monísima, ni buena, ni bonita, ni lista, ni simpática, puesto que el ser una «Pirulinda» implica todo esto y mucho más.)

...una Pirulinda, digo, me escribe para pedirme que la indique la manera de decorar el cristal y de que la pintura quede transparente.

(Aquí abro un segundo paréntesis para dar las gracias a esta Pirulinda que me ha proporcionado la alegría de acordarse de mí al necesitar un consejo o una enseñanza.)

Yo, encantada con la pregunta, me he apresurado a buscar en mi saquito...

(No tengo más remedio que abrir un tercer paréntesis para anunciaros que, así como hay quien colecciona billetes del tranvía capicuas o sellos de correos, o muñecas, yo tengo en un saquito una colección de cosas que pueden interesaros; como mi saquito es inagotable han salido ya de él infinidad de cosas; ly las que saldrán!)

...y de mi saquito he sacado la respuesta a la pregunta de mi Pirulinda aficionada a la pintura sobre cristal. Ahí va:

Se disuelve en cerveza un poco de sulfato de magnesia. Se añade dextrina y el color que se quiera utilizar. Y se pinta con esta mezcla, con un pincel, los dibujos que se quiera y que aparecerán translúcidos sobre la transparencia del cristal.

